
MI CAMINO ESPIRITUAL

Françoise Servigne
Mirmande – Agosto 1997

Si estoy hablando hoy aquí es porque me han animado a hacerlo insistentemente. No me gusta hablar en público, como bien sabéis. Me alimento de lo que vuestros testimonios me han aportado durante los veintitrés años que llevo frecuentando esta casa y, sobre todo, de lo que recibo de Marcel Légaut, bien a través de contactos directos con él durante dieciséis años o bien por sus libros, que son para mí una fuente inagotable.

No pretendo contaros mi vida, pero sí las etapas que me parecen importantes y que se inscriben en la línea de una cierta búsqueda espiritual, principal interés de todos los que estamos aquí.

Provista de un temperamento alegre, despreocupado y abierto a los demás, viví mi infancia y adolescencia sin crisis especiales. Tenía nueve años cuando murió mi madre y a mis dos hermanos y a mí nos criaron una abuela y un padre creyentes, que me educaron en el catecismo. Sin embargo, como mi padre escogió la enseñanza pública para mí, no frecuenté ningún medio religioso para mi formación.

Dos aspectos que me parecen importantes caracterizaron mi vida adolescente. Por un lado, mi inclinación hacia la oración, el recogimiento, el silencio y los oficios religiosos, y por otro mi inclinación hacia los más desprotegidos.

Me fascinaba la vida espiritual de ciertas personas y devoraba sus libros. Cito los que me vienen a la memoria: *“Como si viera lo invisible”* de Jacques Loew; *“La noche privada de estrellas”* de Thomas Merton; *“Ese hombre eres tú”* de Louis Evely. Y algunos más cuyos títulos he olvidado.

Igual que otros llevan un diario íntimo, yo tenía una libreta en cuya primera página había escrito: “Mi vida espiritual”. Allí anotaba todo lo concerniente a este ámbito que consideraba esencial.

En aquel momento me parecía tener dos vidas: la humana y la espiritual, y la primera estaba al servicio de la segunda que, en mi interior, era para mí claramente superior.

Mi interés por los asuntos espirituales no me impedía en absoluto, más bien al contrario, dirigirme a aquellos que me parecían los más pobres. Perteneía a un grupo de jóvenes de las “Conferencias de san Vicente de Paúl” cuya misión era prestar ayuda y consuelo a personas en dificultades. A su fundador, Frédéric Ozanam, lo iban a beatificar por aquellas fechas, con ocasión de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Gran parte de mi tiempo libre lo dedicaba, pues, a visitar a ancianos abandonados, a ayudar a la recuperación de alumnos con retraso escolar o a organizar el tiempo libre de niños de ambientes desfavorecidos. Y durante el verano, participé como monitora de campamentos de vacaciones para niños.

A los veinte años, un acontecimiento, banal en apariencia, ocasionó una verdadera conmoción personal en mí. Dos amigas me propusieron que las acompañase a un retiro de tres días. Dudé en hacerlo por no haber tenido antes una experiencia semejante: temía perder el tiempo o aburrirme. Finalmente las seguí y me encontré con otras chicas de mi edad y con un tipo de trabajo similar al mío: yo era secretaria desde hacía unos meses. Estábamos en una casona en medio de un parque, a pocos kilómetros de París. Tres días de absoluto silencio marcados por las instrucciones de un jesuita, el padre Laurens.

Como esperaba un sermón al estilo del que oía cada domingo en mi parroquia, cuál no sería mi sorpresa ante el tono de una palabra novedosa que me llegó al corazón. Así descubrí un Dios de amor presente en el centro de mi vida, dentro de mí, un Dios que me llamaba, que me hacía ser. Me encontré a un hombre llamado Jesús, que caminaba a mi lado desde hacía años y a quien yo había ignorado. Y salí de aquel retiro vacía y a la vez llena de una inmensa esperanza.

Luego retomé el curso normal de mi vida pero nada fue ya como antes. Pensé primero que se trataba de un efecto psicológico debido a la ruptura y al silencio... pero los días pasaban y sentía crecer en mí una gran insatisfacción y, a la vez, una poderosa atracción hacia no sabía qué.

Sentí la necesidad de compartir con alguien lo que vivía en lo más profundo de mí misma con tanta intensidad, pero pensé que nadie de mi entorno podría comprenderme (ni sacerdotes ni otras personas) porque lo que yo sentía me parecía misterioso. Así pues, continué llevando mi secreto, que me colmaba de una alegría inmensa, profunda, impalpable pero que creía no poder mantener oculto.

Fue entonces cuando me acordé de aquél cuya palabra había producido en mí tal conmoción, el jesuita que había dirigido mi primer retiro. Lo encontré y emprendí un largo camino con él desde entonces.

La vía profesional, como secretaria, en la que apenas me había iniciado, me pareció de pronto vacía de sentido. Mi jefe, el director comercial de la casa Waterman, se dio cuenta y me dijo: “Hace bien su trabajo pero se diría que carece de ambición”. Era cierto, no había intentado promocionarme en absoluto, en aquella empresa tan próspera. Mi ambición estaba en otra parte. Sentía crecer en mí el deseo de darme totalmente, de consagrar mi vida a la búsqueda de ese Dios tan presente y sin embargo tan lejano que me atraía irresistiblemente. Enseguida pensé que la única vía posible era la vida religiosa. Le hablé de ello a “mi” jesuita, que se mantuvo completamente neutral y me dio una lista de congregaciones a explorar. Vi alguna de ellas sin entusiasmo: el hábito, la regla, el voto de obediencia eran obstáculos insuperables para mí.

Lo que escribí entonces en una de mis libretas recuperadas es esto: “Aunque hace poco consideraba la vida religiosa como algo posible para mí, ahora experimento un verdadero rechazo hacia ella. Me había persuadido de que era posible, aun siendo religiosa, mantener mi personalidad y un espíritu lo suficientemente abierto como para comprender a las gentes que viven en el mundo. Pero me di cuenta

de que, si un día entraba en el convento, tendría que someterme no sólo a la regla material sino también a la adquisición de un espíritu que violentaría mi personalidad. Si un día me consagro a Dios, será en una congregación laica que no tendrá este espíritu”.

El padre Laurens, a quien hacía partícipe de mis reticencias, me respondió que aquello podría ser una señal de que me hacía falta buscar en otra parte. Algo importante quedó claro: me apasionaban los niños, sobre todo aquellos a quienes se les había negado el derecho a desarrollarse, a ser reconocidos, amados.

En mi primer retiro, entre las animadoras, había encontrado a una persona perteneciente a un instituto secular, el Instituto san Francisco Javier, de espiritualidad ignaciana, fundado por Mme Daniélou, la madre del cardenal. Su carisma era la enseñanza. Había creado colegios católicos, los colegios Santa María, en los barrios acomodados de Neully y de la capital, y escuelas aconfesionales, las escuelas Charles Péguy, en barrios populares de los suburbios parisinos, subvencionadas por los primeros, por los colegios.

Pensé que a través de la enseñanza podría acercarme a niños de ambientes desfavorecidos y que, al haber cursado estudios comerciales, podría enseñar esta materia, aunque no a niños pequeños como yo deseaba. Tuve que preparar un examen por correspondencia mientras continuaba con el trabajo en mi oficina.

Al cabo de un año, tras obtener mi diploma, entré en la escuela Charles Péguy, en Bobigny, como maestra. Me asignaron una clase de 40 niñas de CE1, es decir de 7 y 8 años. Enseguida me atraieron mis alumnas más pobres, pobres materialmente pero sobre todo afectivamente; por eso permanecían impermeables a la enseñanza que se les daba.

Intenté ayudarlas, atenderlas aparte, rodearlas de mi afecto y poco a poco se ganaron toda mi atención. Pensé que las alumnas mejores de la clase siempre saldrían adelante. Pero no fue la misma la opinión de mi directora, quien me señaló (¿fue quizá un reproche?) que mi

vocación me empujaba hacia las más pobres. Tenía razón. Sentía el inmenso deseo de llevar a estos niños sin recursos hacia lo que ellos esperaban de mí, pero éste no era el lugar adecuado para hacerlo. Tuve, una vez más, que buscar en otra parte. Comprendí entonces que la enseñanza no era el medio en el que podría realizar aquella entrega especial que deseaba hacer de mi vida.

De paso quisiera decir cuánto he recibido en los años pasados en la escuela Charles Péguy, en contacto con aquellas mujeres profundamente humanas, inquietas por una vida espiritual auténtica. Aprecié los métodos educativos y pedagógicos basados en el respeto a cada niño y con una especial preocupación por el desarrollo de todo su ser. La catequesis era opcional y discreta: durante los encuentros o celebraciones, se proponían, a los otros niños, actividades que despertaran sus valores. Reinaba en la institución un clima de confianza, de mutuo entendimiento, de afabilidad y de paz que permitía a todos trabajar serenamente.

Recuperé, en contacto con miembros del Instituto, la influencia de la espiritualidad ignaciana descubierta algunos años antes: exigencia, rigor, energía, pero también el cuidado de mostrarme cercana, de comprender, de acompañar.

Reanudé mi búsqueda dividida entre la confianza y la impaciencia. Hice numerosos retiros buscando en el silencio la respuesta a aquella llamada oída seis años antes y siempre tan viva en mí.

Formé parte de un grupo de jóvenes que se reunían para reflexionar y estar atentos a iniciativas de apertura a los demás. Con él tuve ocasión de visitar una “aldea de niños”, un lugar donde una decena de mujeres célibes criaban como suyos, en casas individuales, a niños huérfanos o abandonados.

Durante la charla del responsable sentí asentarse en mí la respuesta a mi búsqueda de tantos años. Podría incluso decir que en aquel instante tuve la fulgurante revelación de que era allí, y en ninguna otra parte, donde me sentía llamada a entregar mi vida.

Al día siguiente, me puse en contacto con la fundadora de dicha asociación, Mlle Masson, quien enseguida me recibió. Debe decirse que a las candidatas no se les daba prisa. La edad mínima requerida para ser madre de familia era de veintisiete años y yo sólo tenía veintiséis. Por eso me aconsejó realizar un año suplementario en la enseñanza, antes de comenzar el período de prácticas obligatorio. Durante aquel plazo, ni por un instante vaciló en modo alguno la certeza que sentí durante la visita a la aldea de niños. Una paz profunda me había llenado tras el período de insatisfacción que acababa de atravesar.

San Ignacio me había enseñado que la paz es signo de fidelidad a la propia misión. Sin embargo, había una pena que me afligía el corazón: tendría que dejar a mi abuela de 80 años, que me había criado y con la que vivía. No me di cuenta hasta más tarde de lo dolorosa que fue esta separación para ella. Fue como una prueba. Cada vez que releía en *Trabajo de la fe*, el capítulo cinco, sobre «el fracaso en el plano de la existencia», pensaba en ella, sobre todo al leer lo que dice Légaut: «[En el momento en el que el joven sigue su camino,] ¿sabe acaso medir la profundidad de los sufrimientos que llega a provocar e incluso a profanar, aunque, para ser fiel, no pueda obrar de otro modo? No; y vale más que, en tal momento, ni lo sospeche siquiera. Ya se le revelará más tarde, de forma punzante y desconcertante» (1).

Antes de comenzar el período de prácticas, hice un retiro de diez días con el padre jesuita que me había acompañado desde mi primer retiro. Tuve la nítida confirmación de que la vía en la que me implicaba era la buena, que podía contar con que el Dios que vivía en mí me daría la fuerza para cumplir mi misión. Avanzaba, así, totalmente segura.

Quiero destacar aquí el importante papel que jugó durante todos estos años de búsqueda el padre Laurens. Fue para mí un guía atento, a veces firme pero siempre con gran respeto por mi libertad. Gracias a él descubrí a san Ignacio y las riquezas de la espiritualidad ignacia-

(1) Marcel Légaut, *Trabajo de la fe*, Valencia, AML, 1996, p. 105-106.

na. Con su ayuda, tomé gusto por la oración, la verdadera oración pues, hasta entonces, no había hecho sino recitar oraciones. Practiqué el discernimiento y aprendí a leer lo que vivía interiormente en vistas a descubrir las opciones que tomar, las instrucciones que seguir. San Ignacio dice: “sentir un conocimiento interior”, lo cual no es un saber sobre Dios que se pueda adquirir intelectualmente sino una verdadera experiencia espiritual.

Descubrí el beneficio del retiro, ese tiempo de abandonar las preocupaciones cotidianas para alcanzar un nivel de interioridad y de recogimiento que preparan el encuentro con Dios. Practiqué repetidas veces los ejercicios de san Ignacio en su totalidad, incluso una vez dos veces al año. Como amaba el orden y era exigente conmigo misma, me encontré bastante a gusto en este contexto.

Cuando, por medio de mi padre, encontré más tarde a Marcel Légaut, que también tiene un gran rigor en la búsqueda y en la reflexión, no me sentí desorientada. Él me decía a veces cuando discutíamos: “Voilà, tu formación jesuítica sale de nuevo”. Pero le gustaba; incluso me llegó a ofrecer, una vez, una *Vida resumida de san Ignacio de Loyola*.

Aunque recibí mucho de la espiritualidad ignaciana, algunos aspectos suyos me resultaron un tanto duros: el énfasis en el pecado y en la acción de Satanás, los medios severos de combatirlo y su consejo de llevar al extremo la imitación de Jesús, de una forma voluntarista y muy mimética.

El pensamiento de Marcel Légaut encajó bien en el vacío dejado a raíz de una cierta decisión mía de interrumpir mis retiros si bien guardé para mí el marco y los medios practicados, cuyo buen fundamento había experimentado. De hecho, los dos enfoques, de Ignacio y de Légaut, podían articularse bien pues perseguían la misma meta: la búsqueda de ese Dios tan presente y tan desconocido.

Abandonados los retiros ignacianos pero siempre nostálgica de lugares propicios al recogimiento, Marcel Légaut me aconsejó ir al Carmelo de Mazille. Pasé allí con él la fiesta de Pascua y desde

entonces he vuelto cada año. Si, desde el principio, hubo entre Marcel Légaut y yo una profunda comunicación, fue porque encontramos en nuestras mutuas experiencias puntos comunes que podíamos compartir.

Pero, en fin, después de estos paréntesis importantes, reanudo mi recorrido. La formación previa a mi entrada en la aldea de niños debía durar un año, lo cual me pareció una eternidad. Se lo comenté a la fundadora y ésta trató de convencerme de lo conveniente de tal retraso. Le dije también que tenía la intención de acoger al mayor número de niños posible. Me obsesionaba el problema de la infancia maltratada y creía ingenuamente que podría, desde mi pequeño lugar, reducir el número de niños maltratados en el mundo.

Desde entonces, he perdido mis ilusiones pero no mi fuerza para amar y obrar. Coincido con Marcel Légaut cuando afirma: “El carácter inhumano de lo real es inevitable. Todo el que se enfrenta con lo real en su estado bruto adquiere una nueva dimensión. Al combatirlo es cuando llegamos a ser nosotros mismos y ya no podríamos ser de otro modo. Sin embargo, hay que saber de antemano que no se le dominará y, por consiguiente, no es de esta vana esperanza de la que se ha de sacar la fuerza para luchar con perseverancia contra él, sino de la fe y fidelidad al deber, a lo que Dios llama” (2).

Después de cuatro meses de formación, Mlle Masson me encomendó cuatro niños huérfanos de 9, 7, 5 y 4 años. La aventura comenzaba, era el 16 de enero de 1967. ¿Se puede, de un día para otro, con 27 años, improvisar ser madre de cuatro niños ya mayores, totalmente desconocidos, perfectamente extraños, con todo un pasado, con una experiencia vivida y tras haber amado a su mamá, que los había dado a luz?

Tuvimos que familiarizarnos y aprender a conocernos pues si no resulta fácil hacer comunidad con adultos tampoco es sencillo con niños. El inmenso deseo de entrega que ardía en mí y la sed de recibir a estos niños facilitaron los contactos. Muy pronto los más pequeños

(2) Marcel Légaut, *Meditación de un cristiano del siglo XX*, Salamanca, 1989, p. 297.

me llamaron “mamá”, seguidos muy de cerca por los más mayores. Y la vida se fue organizando en nuestra casa del pueblo.

Seis meses después un niño de siete años amplió la familia, después dos pequeñas de tres años y de dieciocho meses; luego, un niño de dieciséis meses, más un grupo de cuatro hermanos, de 3, 4, 6 y 7 años. Doce niños en nueve años.

Me absorbieron las tareas materiales y educativas. Los niños eran muy exigentes con la calidad de mi presencia. Tenía que estar muy pendiente de cada uno, detectar sus necesidades y sus expectativas, no siempre expresadas. Algunos no soportaban estar separados de mí. Tuve que tenerlos conmigo cuando, a veces, forzada por los médicos, tenía que hacer reposo.

A pesar de la importancia de la tarea, en ningún momento olvidé la llamada que me había conducido hacia mis niños, aquella llamada recibida durante mi primer retiro, cuyo recuerdo me visita a menudo. Vuelvo una vez más a Marcel Légaut cuando expone su propia experiencia: «A través de la actividad espiritual del recuerdo, el hombre mantiene vivas en él esas llamadas y aspiraciones, esa felicidad que les acompaña. Mucho después de conocerlas, modelan todavía su vida. Además de ser fiel a esas horas de plenitud excepcional que han marcado su pasado como ninguna otra, conservándolas presentes en él, el hombre, sin buscarlo, estará mejor preparado para recibir lo que viniere» (3).

Continué yendo cada mes a París para reunirme con un “grupo de vida cristiana” que se nutría de la espiritualidad ignaciana. Todos los veranos asistía a un retiro de al menos una semana durante el cual intentaba, en el silencio y la oración, reflexionar sobre el año transcurrido. Era vital para mí y, a pesar de las tareas que tenía, la búsqueda espiritual siempre se mantuvo en el corazón de mi vida.

En las notas de mi retiro de 1975, nueve años después de mi entrada en la aldea de los niños, escribí: “Siento un desajuste entre mi deseo

(3) Marcel Légaut, *El hombre en busca de su humanidad*, Madrid, AML, 2001, p. 184.

de corresponder con Aquél que está en el interior de mí misma más que yo misma y esta imposibilidad mía, que no es una negativa por mi parte sino una constatación de lo que es. Para mí es un sufrimiento profundo, casi físico. Debo contentarme con pequeños relámpagos de luz que me proporcionan la visión fugaz de lo que debería ser. Esta tensión hacia lo que no puedo alcanzar debe bastarme y ser el sentido de mi vida”. Pienso que, sin saberlo, descubrí así lo que Marcel Légaut llama la carencia de ser.

Rodeada de mis hijos conocí momentos de alegría intensa pues me daban, poco a poco, su confianza y su afecto; sin embargo, también pasé por momentos de desaliento ante sus dificultades para estabilizarse, sus errores y sus desvíos. Las carencias que habían sufrido en la aurora de su vida las sintieron cruelmente en su recorrido hacia la edad adulta. Percibía que los esfuerzos más intensos, la entrega más total, el amor más intenso no lograrían colmar un vacío que llevarían siempre consigo. Tengo que reconocerlo y que aceptarlo. ¿No es todo esto señal de que no ocuparé jamás el lugar de los que les dieron la vida, ni en su carne ni en sus corazones, y que debo quedarme un paso atrás y contentarme con aportar seguridad y amor, con sanar heridas que no se cerraron jamás del todo, con acunar sus corazones que guardaron la nostalgia, consciente o inconsciente, del vaivén de sus nueve primeros meses? No importa; los quiero profundamente tal como son y sus testimonios de afecto son mis más bellos regalos. Intento mantener mi equilibrio en esta vida difícil pero tan rica.

Han transcurrido diez años, el mayor tiene ya diecinueve y los últimos hermanos llegaron recientemente, justo cuando todo se tambalea. Christophe, el segundo, de diecisiete años, murió en un accidente, atropellado por un tren. Fue el abatimiento total. Viví durante meses fuera del espacio y del tiempo. Fui incapaz de ocuparme de mis hijos y los auxiliares me relevaron. Me enfrenté a dos cuestiones: o Dios no existe o es un monstruo. Me dejé hundir en un silencio vacío. Me veía bajando sin cesar por una pendiente que conducía a un precipicio y cada vez que estaba a punto de hundirme en él, me aferraba a una matilla de hierba que allí había.

Me doy cuenta entonces, en un instante, de que aquella fe que era lo esencial de mi vida amenazaba con desaparecer. Otros sin duda antes de mí habían sufrido la misma terrible experiencia. ¿Cómo la han vivido, qué dicen los que la han descrito? Me ocupo en la búsqueda de obras que traten el tema. Leo: *Los que pierden la fe*, de Maurice Bellet. *¿Dónde está el mal?*, de Jean-Claude Barreau. *Los incrédulos han impulsado mi fe*, de Louis Rétif. No encuentro en ellos ninguna receta que pueda curar el mal que me consume. Sigo hundiéndome, ya nada me importa. No dejo de decirme, respecto a todo: ¿para qué? Veo a mis once hijos no como vivientes sino como futuros difuntos. Su menor retraso me sumerge en una angustia terrible. Les impido vivir.

Habían transcurrido tres años desde la muerte de Christofer cuando su hermano Hubert, cuando acababa de cumplir sus diecisiete, se mata también, en un accidente de moto. El dolor que volví a sentir se sumó al precedente sin poder añadir más.

Entonces, una palabra, una cuestión me asalta, rondándome mis días y noches: ¿Por qué? Necesito encontrar una respuesta. Si comprendiera por qué suceden tales tragedias, quizá podría encontrar el medio de salir del círculo infernal en el que había entrado. Por primera vez tengo necesidad de salir de mi mutismo, de hablar con alguien. Pregunto a mi médico si debo ver a un psicólogo o a un sacerdote. Me aconseja entrevistarme con un sacerdote pues está seguro de que el problema no es mental.

El sacerdote que me acompañó durante años vivía en el sur de Francia y yo vivía en la región de París. Le escribo a otro amigo jesuita, Jean-Claude Dhôtel, capellán de los grupos de vida cristiana. Me responde: “no apagues la pequeña llama que aún está ardiendo, estoy preparado para acompañarte pero será un camino largo y difícil”. Un nuevo camino comienza con él. Me guía paso a paso como si apoyara a un herido que aprende de nuevo a andar, o a un ciego que recupera la vista. Me ayuda a contemplar lo que en el pasado me maravillaba, a estar atenta a los signos de vida que me rodean. Es primavera, la naturaleza renace, pero yo no veo todavía la diferencia entre la lluvia y el sol.

En mayo, mi primer nieto Frédéric, viene al mundo. Jean-Claude me hace mirar con mis ojos al niño. Me ayuda a verle como un signo de vida y de esperanza, me obliga a expresar lo que siento ante este pequeño ser, tan vivo. Poco a poco me dejó llevar, recupero el deseo de vivir, el gusto por Dios. Experimento de nuevo la alegría de abrir mi evangelio, de caminar con Jesús; pero ya nada será como antes.

Esta larga noche en la que Dios me pareció ausente me permitió descubrir que aquel Dios contra quien me había rebelado no tenía nada que ver con el Dios revelado por Jesús. Sin duda me había marcado la enseñanza antigua: “sacrificó a su único hijo”. Acababa de vivir en mi carne todo el horror del que era capaz la idea de un dios sanguinario.

Tomé conciencia de que, sin embargo, el Dios de Jesús nunca había dejado de estar allí, en el corazón de mi sufrimiento, y adquirí la certeza de que la fe digna de tal nombre no podía perderse. Encontré la paz, esa paz profunda que tapiza el fondo de nuestro ser de forma indeleble. ¿Habría podido abandonarme como en algún momento creí? Estaba allí, enraizada en Aquél que era su origen mientras yo me había quedado tanto tiempo sin saborear sus efectos. Las palabras de Marcel Légaut vinieron a responderme: “La muerte cuando nos coge en aquello que nos es más valioso es una fuente de vida ya que nos brinda la ocasión de “ver” con una nueva mirada no solo al que se ha ido, sino también a nosotros mismos que todavía permanecemos...” (4).

Retomé el curso de mi vida, miré con una nueva mirada a mis hijos y me inspiré en el deseo de verles convertirse en hombres y mujeres hechos y derechos. Las preocupaciones sucedieron a las preocupaciones, y las alegrías a las alegrías. Los mayores dejaron, paso a paso, la casa, que se tornó demasiado grande. Me ofrecieron una más pequeña. Y los nietos empezaron a aparecer: después de Frédéric, Nicolás, luego Sid, Charlène, Emeric.

(4) *Meditación de un cristiano...*, p. 298.

Al estar más libre, retomé una actividad exterior. Tras haber sido catequista durante varios años en mi parroquia, me ofrecieron la capellanía de los colegios y liceos públicos del sector de Meluncinco con un puesto pastoral permanente que ocupé durante 5 años (500 jóvenes, 60 monitores). El camino que había recorrido me ayudó mucho en mi nueva misión. Nunca tuve ganas de llenar la cabeza de los jóvenes que me confiaron con verdades preestablecidas para dar respuestas a cuestiones que ellos mismos no se planteaban; y mi primer deseo fue ante todo ayudarles a descubrir su propia riqueza humana.

Mi principal preocupación fue lograr que los monitores fueran incitadores (*éveilleurs*) y no maestros, cosa que algunos no entendían, al igual que los padres. Era evidente que si les hubiera dicho que “lo esencial no se puede enseñar”, tal como repetía Légaut, me habrían mirado con ojos como platos. No os ocultaré que ésta fue mi principal dificultad con algunos. Como dice Joseph Moingt: “Antes de escuchar una enseñanza religiosa, los jóvenes necesitan que se les escuche a ellos. Debemos ayudarles a descubrir su verdad, camino preparatorio para encontrar a Dios”. Sólo una minoría deseaba un estudio más avanzado sobre los textos pero vivimos, en ciertos momentos, celebraciones de gran profundidad humana y espiritual.

Durante estos años de capellanía, tuve la suerte de colaborar con un sacerdote abierto a las preguntas de nuestro tiempo, ansioso por dejar hablar a los jóvenes. Cuando regresó de una institución privada donde se le había pedido que “fuera a confesar” a un centenar de niños de 11 años, y me comentó que no hizo más que escucharlos pues tenían mucho que decir, que confiar y que gritar de su sufrimiento, antes de poder reconocerse como “pecadores”, comprendí que podríamos trabajar juntos.

Compartimos muchos temas, llevamos la misma preocupación en el corazón y hay que reconocer que estuvimos más preocupados por los jóvenes violentos de barrios desfavorecidos que por los niños pequeños de buena conducta (aunque no siempre) oriundos de medios bien situados, que venían a preparar su confirmación.

Posteriormente formé con él un grupo de reflexión donde trabajamos, entre otros, textos de Marcel Légaut.

En 1991, el padre Descamps, cofundador de las aldeas infantiles, me propuso acompañarle al Senegal, donde iba a visitar las familias apoyadas por la asociación. Durante mi ausencia uno de mis hijos de 19 años prendió fuego accidentalmente, con una freidora, a nuestra casa. Perdí casi todo y me encontré en el aeropuerto y con mi maleta como único bien. La familia y los amigos me esperaban y había muchas camas preparadas para mí. Entendí entonces el valor de lo de Jesús: “No tenía techo y me acogiste”. Confieso que, sin embargo, me preocupó más la angustia y la culpabilidad del chico que había cometido el desastre que lo que yo había perdido, que, al fin y al cabo, eran sólo bienes materiales: muy poca cosa frente a la desaparición de los seres queridos. Comencé entonces a familiarizarme con el desapego, esa cosa misteriosa que siempre me había intrigado en el evangelio del joven rico: “se fue triste porque tenía grandes bienes”.

Comencé de cero y encontré una vivienda que equipé en su totalidad como una joven que se instala por primera vez. Me alegraba recibir allí a todos aquellos con quienes había ido creando vínculos, especialmente, mis hijos dispersos de Bruselas a Rimini, pasando por Concarneau, los alrededores de París, Château-Thierry, Marsella y Toulon. Benjamin, después Kimberley y Térrence han hecho aumentar a ocho el número de mis nietos.

Terminada mi misión en la capellanía de jóvenes, acepté un trabajo voluntario en un Centro social para la alfabetización de extranjeros. Me encontré en medio de un grupo de diez adultos de siete nacionalidades distintas. Me impresionaron sus ganas de aprender, la preocupación por enviar a sus hijos a la escuela, sobre todo la de las mujeres magrebíes que no habían tenido derecho a la escolarización en su país porque sólo los niños varones tenían dicho privilegio.

Tuve una gran alegría cuando una de ellas me dijo que había ido sola a París y que había sabido leer el plano del metro; u otra que,

preparando el permiso de conducir, había aprobado el código de circulación: ambas eran victorias que las abrían a una mayor apertura hacia el mundo que las rodeaba.

Saboreé plazeramente este tiempo de calma, sin grandes preocupaciones, pero no duró mucho. En 1996 hubo otra desgracia. Frank, mi último hijo de veintitrés años se mató en un accidente de coche. Otra desdicha de la que no puedo decir nada excepto que en ningún momento experimenté un sentimiento de rebeldía como el de antes. A pesar del aplastamiento, me encuentro en paz. Paz que no se ha enturbiado tampoco por el anuncio reciente de la muerte de mi hija Mónica, desaparecida durante doce años y que me había dejado a su hijo cuando acababa de cumplir dieciocho, y que todavía vive conmigo. Él continúa siendo para mí el signo de esperanza que vino hacia mí en el momento en que estaba en medio de la noche, y que me devolvió el gusto por vivir.

Sí. Hasta hoy mi vida se ha tejido con las decisiones que tomé, con los acontecimientos que se presentaron, con los muchos encuentros que me marcaron; ella debe su unidad a este hilo invisible que la atraviesa de parte a parte y que me ha sido dado, por paradójico que parezca, para nunca perderlo de vista.

Me gustaría terminar esta relectura de mi vida, una vez más, con un fragmento de Marcel Légaut: “A medida que alcanzamos una visión suficientemente amplia y profunda de toda nuestra vida, esta conciencia da a lo vivido un sentido, una dimensión, una unidad y una singularidad que en su momento permanecieron ocultos pero que poco a poco descubrimos que ya portábamos secretamente en potencia desde el principio. Esta globalidad de la mirada enfocada sobre la totalidad de las circunstancias extremadamente diversas vividas, sobre el conjunto de nuestros estados interiores nos permite una aproximación hacia lo más íntimo que hay en cada uno de nosotros” (5). Y aún me gustaría añadir esta oración suya tomada de “Meditación para el

(5) Marcel Légaut, *Llegar a ser uno mismo*, AML, 2012, p.16.

atardecer de la vida”: «¡Oh Tú, de quien nada puedo decir que satisfaga la fe arraigada en mí, que tiende hacia Ti y es esperada por Ti! Oh Tú, a quien sólo el silencio me puede permitir una muda aproximación cuando él viene a cogerme en mi ser profundo. Tú eres el origen de esta alegría alada igual que eres también el punto de partida de lo que se eleva en mí en el momento en que yo soy más que yo. [...] Que mis palabras y hechos, afianzados por el recuerdo activo y lúcido de lo que viví, me ayuden a alcanzar una conciencia siempre más clara y afinada de lo que, poco a poco y en secreto, me ha formado en el ser! Que persista en esta alabanza y esta gratitud para ser uno con ellos por siempre, en Ti!» (6).

(6) *Meditación de un cristiano...*, p. 303.